

ORACION FUNEBRE

QUE PRONUNCIO

El Illmo. y Rmo. Sr. Dr.

D. LEOPOLDO RUIZ

EN EL

TEMPLO DE LA CONGREGACION

EL 27 DE OCTUBRE DE 1903.



QUERETARO.

IMPRENTA DE LA ESCUELA DE ARTES.

1.^a DE SANTA CLARA NÚM. 7.

1903

ORACION FUNEBRE

QUE PRONUNCIO

El Illmo. y Rmo. Sr. Dr.

D. LEOPOLDO RUIZ

EN EL

TEMPLO DE LA CONGREGACION

EL 27 DE OCTUBRE DE 1903.



QUERETARO.
IMPRESA DE LA ESCUELA DE ARTES.

LA DE SANTA CLARA N.º 7.

1903.



La gran extensión de la tierra; que él es quien gobierna el orden de los tiempos, y quien fija los límites de la habitación de cada pueblo. Ningún acontecimiento, pues, social o político, por más que se atribuya a causas humanas, más o menos eficaces que lo determinan, puede sustraerse a ese gobierno y providencia divina.

Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum.

Y cuando yo fuere levantado de la tierra, atraeré a mí a todas las cosas.

JOAN., XII, 32.

El tan original, como robusto genio del Apologista católico, Donoso Cortés, dió principio á su inmortal Ensayo con esta tesis: « De cómo en toda gran cuestión política va envuelta siempre una gran cuestión teológica », tesis que había ya sorprendido al desventurado Proudhon; pero que nuestro Apologista demuestra con el sencillo recurso de la sola definición de la Teología. « La Teología, dice él, por lo mismo que es la ciencia de Dios, es el Océano que contiene y abarca todas las cosas; así como Dios es el Océano que contiene y abarca todas las cosas ».

Doctrina es esta que había sido ya predicada desde el principio del cristianismo por el Apóstol en el Arcópag, quien, después de enseñarnos que en Dios vivimos, nos movemos y somos, porque Dios está dando á todo la vida, el aliento y todas las cosas, pasando al orden moral y político, en-

seña que Dios es quien de uno sólo ha hecho nacer todo el linaje de los hombres, para que habitasen la vasta extensión de la tierra; que El es quien gobierna el orden de los tiempos, y quien fija los límites de la habitación de cada pueblo.

Ningún acontecimiento, pues, social ó político, por más que se atribuya á causas humanas, más ó ménos eficaces que lo determinen, puede sustraerse á ese gobierno universal y providencia admirable que Dios tiene de todo el Universo.

Será, pues, lógico el deducir que la importancia religiosa, social y política del tan largo como glorioso pontificado de León XIII, tiene que llevar al cristiano hasta descubrir aquella infinita sabiduría de El que lleva bordado en su muslo: « Rey de reyes y Señor de los que gobiernan. »

Y en esa infinita sabiduría descubriremos, con el auxilio de la fe y de la cristiana filosofía, relaciones maravillosas entre las sorprendentes grandezas del Pontífice, los medios de que este echó mano en su gobierno y las circunstancias del tiempo en que le tocó regir á la Cristiandad, por más de un cuarto de siglo; pues me propongo demostraros cómo Dios, en el Pontificado de León XIII, quiso confundir á la sociedad moderna, envanecida con su progreso, y delirante con sus teorías anticristianas, tanto en el orden político, como en el social y religioso.

« Cuando yo fuere alzado de la tierra, colgado de la cruz, traeré á mí todas las cosas. » Por estas palabras aseguró Jesucristo, con toda la certeza de la profecía, cuál había de ser su triunfo sobre la

humanidad rebelde. Su triunfo tenía que ser universal: « Traeré á mí todas las cosas; » su triunfo tenía que ser sorprendente « Cuando yo fuere enclavado en la cruz. » — ¡ Oh Señor, cuán diversos son tus caminos de los de la humana sabiduría!

Asómbrase, en verdad, el espíritu menos observador, al considerar los medios tan ineficaces, y al parecer tan contrarios, de que Jesucristo echó mano para conseguir su reinado sobre la tierra.

Y esta fué, sin embargo, siempre y en todas partes la constante providencia de Dios, en el gobierno de su Iglesia. Ya los Apóstoles lo confesaban de sí mismos: « Quae stulta sunt mundi elegit Deus ut confundat sapientes. » « Dios ha escogido á los necios, según el mundo, para confundir á los sabios. » « Et infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia », « Y Dios ha escogido á los flacos, según el mundo, para confundir á los fuertes. »

Y la razón de esta providencia singular, si bien es cierto que de parte de Dios está en el celo de su gloria: « Ut non gloriatur in conspectu eius omnis caro », á fin de que ningún mortal se jacte ante su acatamiento; también es cierto que, con relación al hombre, es la providencia más acomodada á su naturaleza corrompida por el pecado. Porque el hombre soberbio, como sabiamente observa el apologista citado, más fácilmente se deja dominar de la apariencia del absurdo, que del resplandor evidente de la verdad. La evidencia como que lo humilla; pero no le deja lugar á la duda: lo dudoso como que lo halaga, porque en ello encuentra campo su libertad. Y así Dios envolvió sus dog-

mas entre las nieblas del misterio, y disfrazó su providencia con los ropajes del absurdo. Pero, en realidad, la razón humana queda más abatida y humillada, mientras más contrarios s^on á sus dictámenes los medios de que Dios se vale para subyugarla.

Esa providencia, que fué siempre la de los grandes triunfos de la Iglesia, resplandece maravillosamente en el Pontificado de León XIII, por haber él logrado todo lo contrario de lo que auguraban la humana filosofía y la política del mundo.

Era León XIII el primer Papa que la revolución, acaudillada por la tenebrosa secta de la Masonería, veía subir al trono de Pedro, despojado de sus legítimos dominios y convertido en un rey de burlas. La Masonería, ufana de sus hazañas, se prometía ver en León XIII uno de tantos reyes destronados, que en fuerza de la consumación de los hechos, cada día fuera perdiendo su influjo en la sociedad, hasta desaparecer por completo. Este y no otro fué el perverso intento de aquella infame traición, llevada á cabo con tanta habilidad de hipocresías y de engaños, de falsedades y mentiras.

Y ya estaban los héroes de aquella tragedia al pie del Vaticano, contemplando al nuevo rey, por ellos crucificado, y lanzando blasfemias parecidas á las que el Redentor oyó desde la cruz: « Esperó en Dios, que Dios le libre ahora si quiere. »

Ya veremos si reinará.

Los Católicos tibios, por su parte, hombres de poca fe, que no sabían confiar como se debe en la Providencia, llegaron á creer que Jesucristo podía

olvidarse de su querida Esposa, y lo daban todo por perdido. Con ojos de carne miraban aquella cadena de sucesos, y carnalmente juzgaban.

Confirmábanse ambos, los impíos en sus criminales esperanzas, y los hombres de poca fe en sus pusilánimes temores, viendo elegido por Papa á un anciano de 68 años, que pisaba ya los umbrales de la decrepitud: y estimaban realidad, aquellos su triunfo y estos su derrota, al volver su mirada por todo el mundo, y encontrarse con este espectáculo, descrito por el mismo anciano en su primera Encíclica. « Veo, decía el Sr. León XIII, extendiendo su mirada sobre la redondez de la tierra, desde la altura sublime de la Silla del Pescador, veo desmoronarse el fundamento de las primeras verdades sobre que descansa el edificio social: rodean este edificio hombres de protervo ingenio y refractarios á toda legítima autoridad, única capaz de consolidar esa base que se deshace. Levanto los ojos y miro espesos nubarrones, preñados de discordias y de odios, de revoluciones y guerras, que, cual impetuoso torrente, tendrán que combatir el ruinoso edificio. Me estremecen los siniestros relámpagos, cuya luz me hace descubrir: á una parte la desestimación de toda ley, único guía de las costumbres y antemural de la justicia, y á otra parte la sed devoradora de cosas perecederas y el completo olvido de las eternas. Y para más amargura, hasta mis oídos llegan las carcajadas y sarcasmos de aquellos que, mientras más dañan á la sociedad se hacen pasar por sus generosos abogados, logrando ¿ quién lo

creyera ? que el pueblo, del cual son encarnizados enemigos, los ensalce como á sus más insignes bienhechores. »

En medio de este triste espectáculo sube aquel venerable Anciano, ya sin la corona del dominio temporal, al trono de S. Pedro, y poniéndose á sí mismo el glorioso nombre de León, levanta su voz que, más que de su pecho, sale de su desgarrado corazón, voz que cual solemne rugido, se hace escuchar por todos los ámbitos del orbe, y en la primera carta «Inscrutabili Dei» hace un llamamiento general á todos, Príncipes y Súbditos, Gobiernos y Naciones y les dice: «Vuestra única salvación está en la autoridad de la Iglesia que, en nombre de Dios, preside á la humanidad entera, y es la abogada y defensora de todo legítimo poder.» En otras palabras, viene aquel Anciano á decir á la moderna sociedad: «Tú creíste haber logrado un triunfo, volviendo las espaldas á la Iglesia, y tu salvación es volver á ella tus miradas y arrojarte en sus brazos maternales.»

Era esto mucho pretender, no por lo que en sí se pedía, que era cosa la más justa y racional, sino por el odio, la aversión, y cuando menos, la desconfianza que los nuevos principios habían creado en los corazones.

Y esta fué, á no dudarlo, la continua, franca y sincera aspiración de lo que podíamos llamar la política de León XIII, si es que, nombre tan profanado, puede servir para significar el vehemente deseo, de mil maneras expresado, de que el mundo conozca á Jesucristo, que es luz, camino y ver-

dad y vida. Si á esto, repito, pudiera darse el nombre de política, esa es la política de Jesucristo, esa es la política de la Iglesia y esa fué la política de León XIII.

¿Comenzó acaso el Papa, á ver realizados sus deseos? No necesitan las glorias de León XIII de la exageración, ni de la mentira. León XIII obtuvo muchos triunfos: en algunas ocasiones tuvo que sufrir dolorosos desengaños. Pero, así los triunfos como los desengaños, han venido á confundir y avergonzar á la moderna sociedad, en el trono de su grandeza, y la han venido á despertar, llena de terror, del sueño delirante de su progreso.

Entre los triunfos, el primero en orden de tiempo y quizá también en el de significación, fué el triunfo logrado sobre la Confederación Germánica, la cual en el apogeo de su grandeza y embriaguez de sus victorias, con sus dos héroes á la vanguardia, Guillermo el Grande y el Canciller de Hierro, había declarado abierta guerra á la Iglesia Católica, creyéndola enemiga de su prosperidad. Mas, bien pronto tuvo que acogerse á la autoridad de la Iglesia para consolidar su magna empresa: y después de borrarle, á instancias de León XIII, las infames leyes de persecución, el partido católico, tan fuerte como dócil á las enseñanzas del Pontífice, hizo proclamar á Alemania que, de los Súbditos del Imperio, los hijos de la Iglesia Católica, eran los más fieles, los más generosos y el mejor sostén de la autoridad.

Allí, teneis, pues, al Soberbio Coloso europeo del Siglo XIX, reconociendo que la prosperidad del

Imperio está vinculada al respeto, adhesión y obediencia á la Iglesia Romana : y sus Emperadores, guiados por el más puro agradecimiento, vienen, una, dos y tres veces, á tributar la mayor honra al Pastor Supremo de las almas , en su prisión del Vaticano.

He dicho que este triunfo es de gran significación para el intento que me he propuesto. Alemania fué la cuna del famoso Strauss, quien dió á su Patria la triste gloria de haber roto en materias reveladas todo vínculo entre la razón y la fe, consecuencia legítima del Protestantismo, nacido también en aquella poderosa comarca. ¿No os parece, pues, que al ampararse el Imperio á la sombra de la Iglesia y de los Católicos, el Protestantismo con sus reformas, y Racionalismo con sus libertades, han confesado su impotencia, declarándose vencidos por la Iglesia de Roma, por ellos tan calumniada, pero en realidad siempre vigorosa, porque siempre Virgen de todo error?

Humíllate, pues, moderna sociedad, y si tus progresos te envanecen, haciéndote creer que puedes forjar colosales imperios, advierte que ellos no subsistirán hasta que no doblen su orgullosa cerviz ante la Esposa Inmaculada del Cordero.

Ese triunfo llevó en pos de sí otros mil de gran significación. Oigamos un testigo nada sospechoso: « Il Giornali d' Italia », periódico que, á pesar suyo, se vió obligado á decir en el número publicado al día siguiente de la muerte de León XIII: « Los primeros diez años de su Pontificado no fueron en verdad, sino una serie no interrumpida de triun-

fos. Restableció el concordato con Portugal, inició magníficas relaciones con el Sultán y el Emperador de China, emprendió relaciones con el Sha de Persia, celebró tratados con las repúblicas centro y sud americanas, consiguió la amistad del gobierno Inglés, se reconcilió con Suiza, fué afortunado en sus tratos con Rusia, auxilió á Austria - Hungría, en sus asuntos con Bosnia y Erzegovina, y á Francia en sus dificultades con Túnez. » Hasta aquí el periódico citado.

Si á esto añadimos las varias ocasiones que el Papa hizo de Arbitro, en cuestiones internacionales, los regalos y visitas que recibió de tantos Soberanos, y las imponentes Peregrinaciones que nunca vistas, se trasladaron de todo el mundo Católico á su augusta Prisión, no vacilaremos exclamar: « Non est sapientia non est consilium, non est prudentia contra Dominum. » No hay sabiduría, no hay política no hay astucia que valga contra el Señor.

Despojaste ¡oh liberalismo! al Soberano más legítimo de su grandeza temporal; pues se la devolvió mayor todavía, cumpliendo su infalible promesa: « Perdam sapientiam sapientium et prudentiam prudentium reprobabo. »

Si derrotas pueden llamarse los inútiles esfuerzos de un Padre amoroso para hacer volver al buen camino á un hijo descarriado, derrota ha sido la de León XIII desairado, con la mayor ingratitud, por la Hija primogénita de la Iglesia, á quien cupo la triste suerte de amargar más de una vez

los días, pero sobre todo los últimos del Amado Padre, cuya muerte lloramos.

Pero Francia, en medio de su odio á la Iglesia, se ha visto despreciada por todas las demás naciones; ya porque ella sola, en el concierto de alabanzas al Esclarecido León XIII, disuena con sus tiránicas leyes, ya también porque, muy á pesar suyo, ha visto que naciones amigas y enemigas abren sus puertas á los desterrados, ofreciendo hospitalidad y protección á los millares y millares de sus hijos que se ven arrojados de su Patria, solo por el inaudito crimen de quererla cristiana.

Sí, magnánimo León, cierto es que tu corazón de Padre, al morir, se ve desgarrado por la congoja de nobles ancianas, la tristeza de abnegados jóvenes y las lágrimas de tantas vírgenes; pero también es cierto que tu consuelo era mayor, al ver que no sólo la cristiana Bélgica, sino también la Antipapal Inglaterra, y la Ingrata Italia, y aun las naciones paganas, abrían generosas sus brazos á tus queridos hijos. Obra tuya es que esas naciones cambiaran su odio y aversión á la Iglesia, por una tolerancia que las llevará, tarde ó temprano, á gustar de las suaves delicias del seno maternal de la Esposa del Cordero. Consuélate, augusto moribundo; esa derrota es el más seguro presagio del triunfo; porque si la sangre de los mártires, al decir de Tertuliano, semilla es de cristianos; el llanto del destierro es la lluvia que la fecunda.

No vale la pena el que nos detengamos en considerar los desaires que al Papa hicieron naciones sin carácter, desnaturalizadas por las tiránicas mi-

norías que han logrado apoderarse de la autoridad, y que no teniendo otras glorias, en que cifrar su grandeza, la han ido á buscar en su ateísmo oficial.

II.

Era imposible conseguir en lo político, los triunfos de León XIII, sin haber antes logrado modificar, al menos en parte, las ideas subversivas que la revolución francesa había impuesto, y por las cuales se rige por desgracia el actual orden social.

Todas esas abominables libertades de cultos, de conciencia, de imprenta, de asociación y de pensamiento; con la soberanía popular, y el derecho del más fuerte; selecciones y evolución; todo eso que ha dado en llamarse ideas modernas puede, en última síntesis, concretarse en esta blasfema proposición: « El individuo, la familia, la sociedad, y cuanto á ellos se refiere, debe prescindir de Dios. » Ese ateísmo constituye la atmósfera de error que la sociedad moderna se ha formado para respirar en el Olimpo de sus adelantos; ese ateísmo es la leche con que se quiere alimentar al niño en la escuela; ese el manjar del joven; ese ateísmo el consuelo de la ancianidad.

León XIII vió realizado en sus días aquella profecía del Apostol: « Erit enim tempus cum sanam doctrinam non sustinebunt. » « Llegará un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana. « Sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros prurientes auribus. » « Sino que los hom-